

Vigencia de Bolívar*

FELIPE HERRERA

I BOLIVAR Y LOS ACTUALES DESAFIOS LATINOAMERICANOS

Se cumplen doscientos años del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, cuya personalidad, trayectoria, pensamiento y proyección históricas surgen con *plena vigencia* en el contexto de la América Latina de hoy, caracterizada por tantos desafíos, algunos ya tradicionales, y por otros, propios de esta nueva etapa del acontecer humano *inesperados* y de *compleja respuesta*. Son esos procesos y situaciones, que forman parte de la preocupación en todos nuestros países y a todos los niveles, los que quisiera plantear como introducción.

En *primer término*, la extendida comprensión de que América Latina, por sus contingentes situaciones económicas y políticas, está necesitando más

*Este trabajo escrito originalmente para ATENEA, por petición especial de nuestra revista, sirvió de base al autor para su discurso de incorporación como Miembro Titular de la Sociedad Científica de Chile. La ceremonia pertinente se efectuó el 30 de mayo de 1983 en la sede de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) en Santiago de Chile. En su exposición, Felipe Herrera propuso un Tratado General de Integración para crear una Comunidad de Estados Latinoamericanos y un sistema monetario unitario para América Latina.

que nunca de un sentido global de cohesión y de revitalización de los procesos integracionistas que habían logrado promisorias formas institucionales en la década de los 60 y cuya dinámica y contenido, desgraciadamente, empiezan a erosionarse a partir de 1970, por complejas circunstancias internacionales y hemisféricas. La necesidad al presente de un reencuentro más vital de nuestras naciones hermanas nos lleva de vuelta hacia la equilibrada inspiración idealista y pragmática de Bolívar, quien definía así, en 1815, la tarea de la unidad latinoamericana: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diversos Estados que hayan de formarse; mas, no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo. *Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración*".

Como es sabido, antes de que hubiere transcurrido una década, en 1824 y 1826, se dan las condiciones para que Bolívar patrocine la histórica convocatoria del *Congreso de Panamá* que, desgraciadamente, por los elementos centrífugos que él mismo ya había intuido, no logra —usando sus propios términos— "entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, que pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades".

Sin embargo, el balance de las últimas décadas nos permite afirmar que América Latina ha tenido un escenario institucional de *integración económica positiva*. Tengamos presente la formación de ALALC¹, de los mercados subregionales en América Central, en el "Nuevo Caribe" y en la región andina. A lo anterior agreguemos la creación del Banco Interamericano de Desarrollo y de diversos bancos de desarrollo subregional, conjuntamente con acuerdos tendientes a sistemas multilaterales de pagos. Recordemos también, en este contexto, los convenios geoeconómicos y geopolíticos que establecen mecanismos de cooperación entre los países de la Cuenca del

¹Actualmente ALADI.

Plata y la Región Amazónica, y la puesta en vigencia del Acuerdo de SELA —Sistema Económico Latinoamericano— a partir de 1975, que simbólicamente nace en Panamá.

Estos notables avances económico-institucionales, no obstante, no logran superar o paliar los enfrentamientos entre países que Bolívar preveía como una consecuencia de la falta de un sistema de diálogo y cohesión permanentes. Vivimos así diariamente angustiados por el acontecer centroamericano y por la continua falta de solución a problemas y situaciones fronterizas en el hemisferio. Evidentemente, si el espíritu de Bolívar pudiese contemplar estas deformaciones, testimoniaría éste que no basta un acercamiento económico entre nuestros países, si no va acompañado de entendimientos políticos más profundos.

En agosto de 1962, cuando ejercía la Presidencia del nuevo Banco Interamericano de Desarrollo, me correspondió participar en el “Congreso sobre Tensiones Mundiales”, en la Universidad de Bahía, Brasil, exponiendo el tema “América Latina: Integración Económica y Reintegración Política”. Séame permitido recordar el siguiente juicio que expresara en esa oportunidad en relación con los desafíos planteados: “No es entidad ficticia la nación latinoamericana. Subyacente en la raíz de nuestros estados modernos, persiste como fuerza vital y realidad profunda. Sobre su secular material indígena, diversas sus formas y maneras, pero similar en su esencia, lleva el sello de tres siglos de dominación ibera. Experiencia, instituciones, cultura e influencia afines la formaron desde México hasta el estrecho de Magallanes. Así, unitaria en espíritu y en su fuerza, se levantó para su independencia. Si América Latina quiere recobrar el tiempo perdido para no quedar definitivamente rezagada en la historia, ha de *acelerar el ritmo de su integración económica* y para ello hacer frente a la necesidad de su *integración política*. Muchas condiciones y circunstancias de su realidad histórica, geográfica y humana favorecen uno y otro intento. A ella, como unidad, le toca recobrar el impulso de un proceso de desarrollo económico frustrado, más que iniciar uno nuevo. América Latina no es un conjunto de naciones: *es una gran nación deshecha*”.

En *segundo lugar*, estamos hoy conscientes de que somos parte, en términos cada vez más acelerados, de lo que convencionalmente definimos como *civilización planetaria*. El extraordinario crecimiento de la población en el curso de este siglo, unido a profundas transformaciones científicas y tecnológicas y al proceso de multiplicación de los estados-naciones nos hace vivir este momento frente a interrogantes grandes e intensas que gestan cada vez más la necesidad de crear un *Nuevo Orden Internacional*. Hay dos perspectivas que debemos tener presente para encarar esta nueva etapa

cosmopolita: por una parte, el camino acelerado hacia sociedades postindustriales, cada vez más dependientes de una realidad “teleinformática”, que no sólo está más allá de un mundo preindustrial, sino que también de las sociedades industriales. El concepto de “Tercera Ola” —que hace pocos años parecía como fantasía del futuro— es ya pragmática realidad. Junto a lo anterior, el denominado *Tercer Mundo*, formado básicamente por decenas y decenas de los países que han obtenido su independencia después de la Segunda Guerra Mundial, es otra de las determinantes de nuestra diaria coexistencia.

¿No es artificial destacar los hechos anteriores en función de la presencia de Simón Bolívar, cuya vida transcurre entre 1783 y 1830?

A mi entender, una de las inspiraciones determinantes del Libertador para luchar contra la desintegración latinoamericana fue precisamente su intuición histórica del proceso que viviríamos ciento cincuenta años después de su muerte. Porque Bolívar no sólo visualizaba la realidad de nuestro continente, sino también la de otras regiones del mundo, en gran parte dependientes, en ese período, de algunas metrópolis europeas. En igual forma, lo mueve una realista visión y admiración en torno al proceso de independencia y consolidación de la unidad de la América sajona. No olvidemos que la histórica y pragmática declaración de Monroe, “América para los americanos”, tiene lugar en 1824, precisamente en circunstancias que Bolívar promueve el encuentro de Panamá.

Recordemos también que Bolívar pretende llevar la liberación a Filipinas para iniciar una acción anticolonialista en Asia, y que barcos audaces bajo la bandera de Colombia se aproximan a las costas andaluzas en el Mediterráneo. Bolívar opina al respecto en los términos siguientes: “Después de ese equilibrio continental que busca la Europa donde menos parece que debía hallarse —en el seno de la guerra y de las agitaciones— hay otro equilibrio, el que nos importa a nosotros: *el equilibrio del Universo*”. Y luego continúa: “La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas esas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a esto *el equilibrio del Universo* y debe entrar en los cálculos de la política”.

Las opiniones anteriores vertidas en 1813, por un maduro joven de 30 años, representan una consigna contra el extendido proceso de la esclavitud en el mundo, principalmente en las colonias y excolonias europeas, incluyendo liberados países ibero y angloamericanos. Más que eso: definen a América Latina en su conjunto como una parte de nuestro actual “Tercer Mundo”, que pretende afirmarse e independizarse económicamente, y

superar también el creciente enfrentamiento de los grandes centros de poder. Efectivamente, la falta de convergencia y entendimiento de las grandes potencias, a partir de la Segunda Postguerra, no sólo ha producido, directa o indirectamente, 150 conflictos que han afectado a 100 países —fundamentalmente aquéllos en vías de desarrollo—, con pérdidas humanas de 35 millones de personas, sino lo que es más serio: la prosecución de una tensión que ha disminuido las verdaderas perspectivas de lo que podría haber sido un progreso global. Y lo que es peor aún: la peligrosidad total o parcial de la destrucción de la humanidad como consecuencia de la intensificada “guerra fría”. Evidentemente que todas estas manifestaciones violan el concepto bolivariano de “Equilibrio del Universo”, que inspirara su acción, como lo testimonia especialmente su convocatoria al Congreso de Panamá.

Un *tercer desafío latinoamericano* es cómo enfrentar un mundo, que pareciera cada vez más dependiente de las proyecciones científicas y tecnológicas, afirmando y profundizando la libertad y dignidad humanas, en un marco de equidad social. El hombre contemporáneo en vastos sectores del mundo está luchando nuevamente por los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que deberían haber sido intrínsecos a la humanidad después de la Revolución Francesa de 1789.

Los vacíos y distancias hacia esas normas de coexistencia social le otorgan a Bolívar, a los doscientos años de su nacimiento, una especial vigencia. Tengamos presente que el Libertador no es meramente un contemporáneo de los procesos históricos señalados ni tampoco sólo un exitoso líder político y militar, decisivo en nuestro colectivo proceso de independencia, sino el gran inspirador de lo que hoy podríamos definir como el ancestro libertario, democrático, institucionalista, humanista e igualitario que sigue motivando el devenir de toda América Latina. En los días presentes se observa que gran parte de nuestros países, o bien tienden a consolidar su democracia representativa, o bien a acelerar procesos que permitan una creadora y positiva reconstitución del sistema. Desviados “tecnócratas”, “economicistas” y otros “especialistas”, diversas sus filosofías, consideran las normas consubstanciales a un régimen de libertad política e igualdad social como la negación del denominado “progreso contemporáneo”. A mi entender, felizmente, esas apreciaciones tienden, hoy en día, a ser superadas, afirmando el respeto de la dignidad humana, actual y futura.

Es por esa razón que el pensamiento político-social de Bolívar tiene en estos momentos gran receptividad. Aun cuando las circunstancias históricas en que le corresponde actuar son muy diferentes a las actuales, recordemos

que aconsejaba la creación de sistemas en las nuevas repúblicas sobre los siguientes fundamentos: "Sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad, para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres políticas". A lo anterior agregaba, en uno de sus escritos: "El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política". En el Congreso de Angostura, en 1819, ya había expresado: "De la libertad absoluta se descende siempre al poder absoluto, y el medio entre esos dos términos es la suprema libertad social..." "Que la fuerza pública se contenga en los límites que un justo poder le señala...". Las frases anteriores definen no sólo sus perspectivas políticas, sino que también su adhesión a la vigencia de sistemas legislativos y constitucionalistas adecuados para el nuevo orden independiente y republicano.

La influencia y acción bolivariana, en relación al sistema económico-social vigente a la época de la independencia, le otorga particular prioridad a la abolición de la esclavitud. En su citado mensaje al Congreso de Angostura, expresaba: "Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estatutos y Decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República"². Con la misma inspiración visualiza nuestro histórico proceso de mestizaje, insistiendo que la unión de nuestras diferentes razas debía ser promovida como base de la armonía que la vida republicana debía establecer. En uno de sus Mensajes³ señalaba: "La sangre de nuestros ciudadanos es diferente; mezclémosla para unirla". En el mismo documento, en términos más genéricos, subrayaba: "La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerza y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia, porque colocan al individuo en la sociedad para la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le dan una igualdad ficticia propiamente llamada política y social".

Otro aspecto esencial de la reforma social en las primeras décadas del siglo pasado fue la acción promotora de la "educación popular", nuevo y decisivo instrumento que, por una parte, intentaba abrirle al pueblo el acceso a una vida más productiva y remunerada y, por otra, iniciar la modificación de una sociedad, donde no existía una clase media, y donde

²Chile fue el primer país del continente en abolir la esclavitud. Ya en 1811 se había legislado acerca de la "libertad de vientre", para luego, en 1823, prohibirla totalmente.

³Constitución política de Bolivia.

predominaba una oligarquía de propietarios, letrados y funcionarios acostumbrados a utilizar a un pueblo ignorante, miserable y pasivo.

Difícil era promover un sistema de "educación popular" por la carencia de maestros, como por los escasos incentivos que la actividad representaba y la limitación de medios disponibles para esos fines. Por lo demás, esta situación era prácticamente mundial, lo que hizo dar vigencia a la denominada "enseñanza mutua" o de Lancaster, en Inglaterra, que consistía en utilizar a los alumnos más eficientes de las escuelas para enseñar a los nuevos matriculados. Bolívar había conocido, en 1810, a Lancaster en Londres y se convenció de la utilidad de un método de esta naturaleza para los nuevos países, que trató de poner en ejecución. Ha tenido inmenso significado el progreso educativo de nuestros países en los años recientes. Sin embargo, la necesidad de proseguir una política educativa de orientación social —de acuerdo con la inspiración bolivariana— se hace cada vez más importante si recordamos solamente que aún hay 40 millones de analfabetos en América Latina.

II

BOLIVAR Y SU FORMACION INTELECTUAL

La vigencia de las concepciones bolivarianas nos traen a la memoria a Goethe cuando destacaba: "Pensar es fácil; actuar es difícil; pero actuar según lo pensado es mucho más difícil aún". La formación intelectual bolivariana tiene el interesante trasfondo del racionalismo propio del siglo XVIII, y las concepciones libertarias y pragmáticas que emanan básicamente de la Revolución Francesa y de la Revolución Industrial, procesos que determinan vitalmente la Europa del siglo XIX.

Bolívar fue Libertador político de nuestra América Latina, y al mismo tiempo, un consecuente discípulo de la cultura europea en los años de su existencia y acción, lo que no excluye su crítica al colonialismo del viejo continente. En tal sentido, en toda la decimonónica América Latina prevalece un enfoque semejante.

Es por eso que consideramos útil en esta exposición recordar, aun cuando sea brevemente, el trasfondo de la formación humana e intelectual de nuestro homenajeado. En el período de su niñez y adolescencia, tal como otros jóvenes de familias acomodadas, está vinculado a un proceso de autoformación, con las importantes enseñanzas de Simón Rodríguez, y en un campo más limitado —especialmente lecciones históricas y geográficas— de Andrés Bello.

Según lo testimonian el gran número de biografías del Libertador, debido a la influencia de Juan Jacobo Rousseau sobre el maestro Rodríguez, ella se transmite y absorbe por el joven Bolívar en un proceso de autenticidad que le es característica. Blanco-Fombona, notable intelectual venezolano, expresa al respecto lo siguiente: "Entre Bolívar y Juan Jacobo existe una diferencia fundamental de que hasta ahora no se ha hecho mérito. Juan Jacobo, europeo del siglo XVIII, hijo de una Europa que había llegado al colmo de la afectación, de la etiqueta, de la insinceridad, tanto en letras como en política y en costumbres, predica en costumbres, en política y en letras *la vuelta a la naturaleza*. Simón Bolívar, en cambio, hijo de una América en estado casi primitivo, procura las mismas reformas al revés, *por inmersión de la Cultura*"⁴.

Las lecturas de Bolívar se orientan en Plutarco, en Horacio, en Voltaire, en Montesquieu, en Cervantes y en políticos ingleses. Pero, a mi entender, de mayor trascendencia que estos aprendizajes son sus vivencias, como hombre joven, en España, Francia, Italia, Estados Unidos e Inglaterra. En ese contexto debemos recordar la influencia que recibe por la presencia de Napoleón Bonaparte, asistiendo a su segunda coronación en Milán, en 1805, desde donde viaja a Roma, y donde junto a Simón Rodríguez jura en el "Monte Sacro" no dar reposo a su alma ni descanso a su brazo hasta que no haya logrado libertar al mundo hispanoamericano del dominio español.

En igual forma, debemos recordar que durante la Misión Diplomática en Londres, enviado por la Junta de Gobierno de Caracas, en 1810, y hacia donde se traslada con don Andrés Bello, toma un estrecho y decisivo contacto con el excepcional precursor de nuestra Independencia: *Francisco de Miranda*. A partir de esa época y durante los restantes años de su vida, Bolívar se transforma en el ideólogo, el político, el militar y el gobernante, cuyo pensamiento y acción siguen siendo un elemento fundamental de la presencia de América Latina en el mundo.

La vigencia de Bolívar no sólo tiene significado en función de una trascendente perspectiva histórica, sino también en consideración de algunas preocupaciones específicas del Libertador como intelectual y estadista. Me refiero específicamente a la importancia que Bolívar otorga a la *ecología*. Recordemos al respecto el testimonio de algunos de sus decretos en Colombia y Bolivia, protegiendo los recursos forestales y las aguas, y limitando su utilización, sea con fines agrícolas, manufactureros o médicos. Interesante es la reglamentación que ordena acerca de la utilización de la quinina,

⁴Rufino Blanco-Fombona, *El Pensamiento vivo de Bolívar*, pág. 15. Ed. Losada, Buenos Aires.

disponiendo que "la extracción y demás preparaciones se hagan conforme a las reglas que indicarán las Facultades de Medicina de Caracas, Bogotá y Quito, en una instrucción sencilla que deben formar, la que tendrá por objeto impedir la destrucción de las plantas que producen dichas sustancias, como también que a ellas se les dé todo el beneficio necesario en sus preparaciones, envases, etc., para que tengan en el comercio mayor precio y estimación".

Tal como en relación a otras influencias que conformaron su pensamiento y acción, las preocupaciones científicas y ecológicas de Bolívar provienen de su contacto, como joven americano, durante su estada en París, con la extraordinaria personalidad de Humboldt, de quien fuera discípulo y amigo. En las mismas semanas de la coronación napoleónica, París coronaba intelectualmente al gran naturalista, gracias a quien nuestro continente se hizo conocido en todos los importantes sectores de una ciudad que se había transformado en verdadera capital del mundo. Conocidos son los extensos viajes de Humboldt —9.000 millas— por una Hispanoamérica por años en gran parte desconocida. Junto con su colaborador Bonpland, efectúa en París una exposición de "toda una colección de plantas y de piezas relacionadas con los descubrimientos geográficos, geológicos, etnográficos, climatológicos y zoológicos que habían hecho en América; tal cantidad de material y documentos, el sabio necesitó 30 años para clasificarlos sistemáticamente". Esta información que recoge Emil Ludwig en su inspirada biografía del Libertador, la complementa expresando: "Así, a los 20 años, Bolívar, bajo la influencia de las enseñanzas y de los actos de Rousseau, Napoleón y Humboldt, comenzó a orientarse hacia la Gloria"⁵.

III

CHILE, BOLIVAR Y SAN MARTIN

A mi entender, hoy en día, el pensamiento y la trayectoria bolivarianos cobran en Chile más vigencia que nunca. Complejo, pero interesantísimo es visualizar y enjuiciar la posición histórica de nuestro país, frente a la unidad latinoamericana en el siglo pasado y a los avances, dificultades y perspectivas de la reintegración en el presente. Según mi parecer, históricamente el chileno de mayor pensamiento y acción unitaria sigue siendo Benjamín Vicuña Mackenna, cuya apreciación del Libertador es importante recordar: "Bolívar, gran capitán, gran poeta, gran orador, todo a la vez, es la

⁵Ed. Ludwig, *Bolívar, Caballero de la Gloria y de la Libertad*. Ed. Diana, México, págs. 50 y 53.

prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio...". Y agrega: "¡Cuán gran figura en todos los siglos y en todas las naciones! Desde Cumaná a Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado virreinos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ¡ha rehecho el mundo!".

Si bien es efectiva la falta de éxito de Bolívar en lograr la asociación global de las diversas dependencias españolas, vale decir, los Virreinos de México, Nueva Granada, Lima y Buenos Aires, y las Capitanías Generales de Guatemala, Venezuela y Chile, logra echar las bases unitarias de la región andina, o sea, las actuales Repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

No nos podemos extrañar así que hacia el final de la década de 1960, ante las dificultades para acelerar la programada integración económica continental, las repúblicas hermanas mencionadas, más nuestro propio país, echan las bases en el Acuerdo de Cartagena del conocido Pacto Andino. Interesante es recordar que uno de los países mayormente promotores de ese entendimiento fue Chile, a través de la iniciativa del Presidente Frei. En lo personal, reitero mi convicción de que el futuro de Chile será reintegrarse a esa Comunidad de Naciones, particularmente si tenemos presente lo difícil que es para una mediana nación en vías de desarrollo como la nuestra, lograr aisladamente condiciones favorables en una economía mundial cada día más compleja, más impredecible y más dependiente de grandes centros económico-políticos.

En estos momentos de homenaje chileno a Bolívar, no podemos dejar de recordar su juicio, en 1815, en su trascendente "Carta de Jamaica", acerca de lo que era y sería en el futuro nuestra patria: "El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre".

Para nosotros los chilenos, la vigencia bolivariana tiene contenidos y proyecciones análogas a las de José de San Martín, figura argentina decisiva junto a Bernardo O'Higgins, en la consolidación de la independencia del país. La acción de San Martín, tal como la de Bolívar, se extiende geográfica

y políticamente, mucho más allá de sus oriundos países, como lo testimonia el célebre encuentro de ambos en Guayaquil, en 1822, cuya falta de éxito fuera uno de los factores para que las nuevas regiones independientes no pudieran asociarse, particularmente las denominadas naciones del Cono Sur, con las repúblicas donde Bolívar había sido Libertador y Gobernante.

El "desencuentro de Guayaquil" también afectó la prosecución exitosa de destinos humanos paralelos, lo que nos enseña a todos, una vez más, que las integraciones y cohesiones institucionales y colectivas, se fundamentan en la solidaridad espiritual de todos y cada uno de nosotros. Nadie mejor que el genio de Pablo Neruda para haber intuido y expresado lo anterior en su "Canto General" en los siguientes términos:

*"San Martín era fiel a su pradera
Su sueño era un galope,
una red de correas y peligros.
Su libertad era una pampa unánime.
Un orden cereal fue su victoria.*

*Bolívar construía un sueño,
una ignorada dimensión, un fuego
de velocidad duradera.
Tan incommunicable que lo hacía
prisionero, entregado a su substancia.*

Cayeron las palabras y el silencio.

*Se abrió otra vez la puerta, otra vez toda
la noche americana, el ancho río
de muchos labios, palpité un segundo.
San Martín regresó de aquella noche
hacia las soledades, hacia el trigo.*

Bolívar siguió solo".

IV

BOLIVAR Y LA CULTURA HISPANOAMERICANA

Hablar de la vigencia de Bolívar sin referirse a España presentaría, cualquiera sea la perspectiva abordada, un escenario incompleto. La propia biografía juvenil del Libertador comienza por señalar que él, como tantos otros hispanoamericanos, recibió parte importante de su formación en la

Madre Patria. Más tarde pasa a convertirse en el gran capitán de un proceso de independencia política, cuya gestación y consolidación en largos años crea el inevitable enfrentamiento entre España y América; entre la sede y sus periferias. Sin embargo, si deseamos entender auténticamente ese proceso, tenemos que analizar las características humanas e histórico-culturales de Bolívar. Un eminente intelectual chileno, Eugenio Orrego Vicuña, las definía en los siguientes términos: "Y si queréis hallar la fuente vital del Libertador, no será menester abordar mucho. En España está, en esa España que veinte Repúblicas reconocen hoy con orgullo, porque Bolívar es Español hasta lo hondo de su alma, como Rui Díaz, como Cortés, como Pizarro. Como todos ellos pertenece a esa familia de aventureros sublimes para cuyo espíritu ni la imaginación, ni la audacia, ni la naturaleza tuvieron límites. Español por su hidalga generosidad, español en lo heroico, español en sus virtudes y hasta en sus defectos, es Bolívar como una gran síntesis de esa España que produjo al Cid e inventó a Don Quijote"⁶.

Es interesante testimoniar que el juicio anterior se expresa hace 50 años, cuando, si bien es cierto estábamos orgullosos de un común trasfondo, aún no existían las numerosas circunstancias que nos están permitiendo desarrollar, en el día de hoy, un profundo y dinámico proceso de convergencia entre la Península e Iberoamérica, cuyo mejor símbolo y promotor es, al presente, el Rey Juan Carlos.

Bolívar tiene hoy tanta presencia en España como en Hispanoamérica. Hace poco (abril, 1983) tuvo lugar en Madrid una reunión convocada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI), bajo el título "Encuentro en Democracia", en cuya sesión de clausura el actual Presidente del Gobierno español expresó que, para él, la década de los 80 es la "década del Continente Iberoamericano", marcada por dos fechas claves: el bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar y el quinto centenario del descubrimiento de América, en 1992. Aún más, enfocando esa última fecha, Felipe González lanzó el reto de elaborar el "Manifiesto del Libertador", ajustando las ideas de Bolívar al tiempo presente para que todos vivamos en "paz y libertad" y para que nuestra energía se oriente hacia la cooperación y la integración, y, más aún, para que en 1984 "no haya un solo preso político en una sola prisión de Iberoamérica" y que en 1992 "no haya ni un solo latinoamericano sin libertad política".

A mi entender, el alma de Bolívar debe haber estado muy complacida, por una parte, al contemplar la España de hoy y, por otra, tal vez dolida, viendo que la realidad de nuestro desunido y aún parcialmente oprimido

⁶E. Orrego Vicuña, *Simón Bolívar*, Imprenta Universitaria, 1933.

continente, da fundamentos a un jefe de gobierno español para luchar por las dos grandes motivaciones del Libertador: la unidad de América Latina y la libertad de sus habitantes.

En el contexto del tema que inspira esta exposición, hay una dimensión que en los últimos doscientos años tiende a ser cada día más profunda y con un mayor ingrediente creador y de cohesión. Obviamente que me refiero a nuestra *realidad cultural*, en la que España ha sido y es un factor determinante. Así lo comprendió Andrés Bello, quien fuera uno de los educadores del joven Simón, aunque sólo dos años mayor que él. En 1981 celebramos el Segundo Centenario de su nacimiento y recordamos su vigencia en América Latina, de proyección cada vez mayor por la indiscutida realidad de nuestra *integración cultural*. Tengamos presente que los países del actual Pacto Andino —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia— fueron constituyentes del Convenio Cultural Andrés Bello, puesto en marcha a partir de 1970, con la presencia y permanencia de Chile, con la posterior adhesión de Panamá, y actualmente con el muy importante ingreso de España. En lo personal he planteado que, existiendo un proceso de integración cultural en nuestra región, sería lógico y oportuno que todos nuestros países adhirieran a un tratado que está precisamente abierto para esa finalidad. Tal como América Latina en su conjunto puso en ejecución, a partir de 1976, el Acuerdo del SELA, es decir, el Sistema Económico de la zona, debería participar también, y con más razón aún, de un Convenio Cultural Hemisférico, de tanto realismo y trascendencia.

Aun cuando el concepto de “cultura” difiera a veces en cuanto a su definición o interpretación, queremos en esta oportunidad señalar su profundo y dinámico significado para el horizonte latinoamericano, a través de las palabras de Su Santidad Juan Pablo II en su visita a la UNESCO, en 1980: “La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” del hombre. El hombre siempre vive según una cultura que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un lazo que también les es peculiar, determinando el carácter interpersonal y social de la existencia humana. En la unidad de la cultura como modo propio de la existencia humana, se arraiga al mismo tiempo la pluralidad de las culturas dentro de la cual vive el hombre. En esta pluralidad, el hombre se desarrolla, sin perder no obstante el contacto esencial con la unidad de la cultura como dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser”. Es éste el lazo de unión que los iberoamericanos debemos preservar, ya que sin él cualquier paso hacia la unidad soñada por Bolívar caería en el vacío.

Es así que en este homenaje a Bolívar creo oportuno tratar de conceptualizar lo que podemos considerar como *identidad cultural latinoamericana*, es

decir, de un continente que tiene una presencia histórica, económico-política y cultural en el mundo contemporáneo, que tiende progresivamente a afirmarse y que constituye la expresión de un *ser* latinoamericano. Se podrá cuestionar el aserto anterior argumentando la aparente incapacidad de nuestras naciones para mantener en forma sostenida su marcha hacia niveles superiores de integración multinacional de toda índole. Puede subrayarse también que nuestros vínculos de "dependencia" de los centros hegemónicos en el concierto internacional tienden a afianzarse.

Este "ser" latinoamericano tiene una connotación propia a través de su intrínseca fuerza hacia una integración cultural permanente, que se manifiesta desde el momento mismo en que los navegantes ibéricos desembarcaron en el Nuevo Continente. Desde el siglo xvi en adelante se ha producido en términos masivos y constantes —y por qué no decir generosos— un proceso sostenido de fusión de valores culturales de distintos orígenes étnicos entre grupos humanos provenientes de estadios históricos en muy diverso grado de evolución.

La verdadera definición de América Latina es haber sido el activo crisol de la absorción recíproca de lo ibérico, lo indígena y lo africano durante los tres últimos siglos. Aunque españoles y portugueses pudieron haber determinado o definido en forma tangible la fisonomía que prevalecería en esa fusión, de hecho, la gravitación autóctona tuvo una fuerza tan determinante, que llegó a influir sobre el modelo europeo, proyectándose una forma cultural *indiana* sobre la península. Esta realidad existente entre los siglos xvi y xviii se enriquece con los nuevos flujos inmigratorios europeos y de otras partes del mundo, incorporados al continente a lo largo del siglo xix y en el presente siglo. Es interesante constatar que estas migraciones siguen, por regla general, la tendencia histórica de una asimilación fluida y no discriminada. Es decir, la aparición de "minorías raciales" que se constituyen en grupos diferenciados y aun en núcleos de poder —como ha sido el caso en los Estados Unidos— no corresponde a la experiencia latinoamericana. Bolívar tiene una gran claridad conceptual e intuitiva acerca de nuestra población: "La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla... Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí, trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios de europeos y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero... Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar".

El término "latinoamericano" se emplea frecuentemente para definir una categoría de desarrollo económico y social más atrasada que la "anglo-

sajona". Sin embargo, aun cuando esta diferenciación es válida desde un punto de vista "semántico", lo latinoamericano expresa de hecho una gran convergencia de pueblos que presentan una problemática común. El "ser" latinoamericano es básicamente un proceso histórico-cultural pasado, presente y futuro. La permanente absorción e integración de culturas que se realiza en esta parte del mundo proyecta una imagen con sus características propias. Es el escenario cultural, de gran potencialidad y de mayor "sino" cosmopolita, donde emerge la realidad esencial latinoamericana. De ahí que para nuestras naciones se plantee, en forma cada vez más definida, la necesidad de políticas culturales que puedan accionar esa realidad, consideración que nos lleva al presente a enfatizar la importancia de la imagen de Andrés Bello y del convenio que lleva su nombre.

V

CONTENIDO BOLIVARIANO DE LA INTEGRACION ECONOMICA

Debemos recordar nuestra estructura feudal y la dependencia comercial de la península ibérica al gestarse las condiciones que nos llevan a la independencia. En la célebre "Carta de Jamaica" Bolívar efectúa un excepcional análisis global de nuestra región y adelanta muchos juicios confirmados por la historia. En uno de los párrafos de ese documento, leemos lo siguiente: "Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores..." "Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?"

Los intentos bolivarianos de principios del siglo XIX y los planteamientos políticos unitarios de destacados latinoamericanos en épocas posteriores asumen una moderna reencarnación en función de la integración económica a partir de la década de los 50 del presente siglo. Decisiva fue en esta postulación la temática y técnica gestada a través de la CEPAL; paralelamente, en distintos encuentros económicos del Sistema Interamericano, van tomando cuerpo ambiciosos proyectos industriales, comerciales y financieros que tienden a la unidad económica de nuestros países. Como lo he mencionado, los conceptos anteriores toman formas institucionales en la década de los 60, con la puesta en marcha de esquemas de integración

regional y subregional. Todo lo anterior significa haberle dado a los afanes unitarios bolivarianos componentes económico-institucionales de vigorosa fuerza promotora.

En tal sentido, el crecimiento global latinoamericano entre 1960-1980 corresponde a positivos factores internacionales y hemisféricos, y se proyecta principalmente en la industrialización. Tengamos presente que en la década de los 60 el producto latinoamericano tiene un desconocido crecimiento del 8,5% anual, y que, aun cuando desciende en la década siguiente, sigue manteniendo niveles globales del 6%. Al mismo tiempo, se testimonia una expansión para las exportaciones industriales de nuestros países, las que se orientan esencialmente en el contexto hemisférico, produciéndose una duplicación de nuestros intercambios, entre principios de los 60 y final de los 70.

A pesar de la puesta en marcha, en la primera parte de la década de los 60, de trascendentes esquemas integracionistas, surgen justificadas preocupaciones respecto al futuro de la cohesión económica y a los efectos políticos y sociales de su posible fracaso. Una fundamentada expresión de ese enfoque lo constituye la elaboración del denominado "Documento de los Cuatro". Este informe, efectuado a petición del Presidente Frei, a principios de 1965 por los entonces altos funcionarios regionales Mayobre, Prebich, Sanz de Santamaría y por este expositor, plantea recomendaciones de diversa naturaleza que deberían proyectarse a través de políticas comunes que llevaran a la efectiva creación de un "Mercado Común". Este mismo documento fue decisivo para la convocatoria y conclusiones de la Reunión Interamericana de Jefes de Estado de 1967, celebrada en Punta del Este.

Complejo es analizar las circunstancias que impidieron que el compromiso político de esta reunión cumpliera con su objetivo principal: ir formando el Mercado Común Latinoamericano entre 1970 y 1985. Sin embargo, existen hoy fuerzas dinámicas para replantear la integración económica en base al aprovechamiento de experiencias pasadas, algunas de las cuales, desgraciadamente, fueron sepultadas por definidas políticas de algunos de nuestros gobiernos, con anterioridad, por cierto, a los negativos impactos de la vigente recesión internacional.

Hace años también que se planteó la necesidad de un *sistema monetario unitario* para América Latina, sin excluir la perspectiva de un verdadero régimen de Banca Central Regional. Considerando las limitaciones vigentes, producto en gran parte de un ineficiente manejo y orientación del sistema monetario mundial, hoy se fundamenta más que nunca que una tesis de esta naturaleza debería ser objeto de consideración por parte de nuestros países. En lo personal, me permito reiterar lo que planteara en el

encuentro interamericano de Punta del Este, de 1961, al señalar que la integración latinoamericana se hará siempre difícil y estará siempre incompleta por carencia de una acción mancomunada respecto a nuestras políticas y reservas monetarias, agregando que la creación de un régimen de moneda única e independiente para América Latina sería un vigoroso factor de promoción de la industrialización y del comercio regional y un acicate a nuestra estabilidad monetaria interna. Las condiciones globales e individuales de nuestros países serían hoy en día distintas, y seguramente no estaríamos enfrentando la dolorosa realidad financiera que señala a América Latina como responsable del 50% de la deuda internacional, es decir, por más de 300 billones de dólares, si hubiéramos actuado cohesionadamente en lo financiero.

Estoy cierto que si Bolívar renaciera, postularía el uso de las monedas y finanzas regionales como factor decisivo para la unidad e independencia económicas, elementos necesarios para el desafío siempre vigente: nuestra cohesión política. Es por eso que, más allá de la crisis financiera actual, me permito insistir, como fórmula estructural del futuro, en la promoción de un régimen de cohesión monetaria, aprovechando la positiva experiencia de la Comunidad Económica Europea.

VI

CONCLUSIONES: HACIA LA UNIDAD LATINOAMERICANA

Para tener una noción más profunda, amplia y realista del desafío de cualquier dimensión de la integración latinoamericana, debemos tener en mente el trasfondo histórico de la consolidación de los actuales grandes centros económico-políticos del mundo. Recordemos la formación de los estados-naciones en Europa Occidental, a partir del siglo xvi, y la aplicación del denominado "modelo mercantilista", que constituye el trasfondo básico para la industrialización de Inglaterra y de Francia, unido a políticas colonialistas que coadyuvaban a la extensión de los escenarios económicos nacionales. Tengamos presente, asimismo, que el núcleo de las 13 colonias anglosajonas que obtienen su independencia a fines del siglo xviii, se expande intensamente hasta constituir en pocas décadas lo que son los actuales Estados Unidos de Norteamérica. Es evidente que estos trasfondos históricos habían enriquecido la cultura política de Bolívar, quien por eso plantea nuestra unidad como el decisivo proceso que nos otorgaría la consolidación interna y externa como una proyección de nuestra lucha independentista.

La unidad económico-política de una Alemania desintegrada, avanzado

el siglo XIX, tiene en parte sustantiva su inspiración en los modelos ya mencionados. El largo proceso de gestación de lo que son actualmente la Unión Soviética y la China Popular constituyen también expresiones importantes de nuestro planteamiento en torno a la trascendencia de la formación y refuerzo de dimensiones nacionales, producto de procesos históricos de expansión, convergencia y consolidación basados en multiplicidades territoriales y humanas.

Tal vez el caso del Japón pueda mencionarse como una excepción. Sin embargo, no olvidemos que este país ha utilizado en forma admirable su intrínseca organización y capacidad de expansión económica, comercial y técnica en el mundo, conformando la regla general acerca de la necesidad de mayores espacios geográficos para el logro de formas superiores de crecimiento económico.

En la propia América Latina, el proceso de desarrollo brasileiro es otra categórica expresión de la vitalidad intrínseca de una cohesión territorial, humana y cultural. Argentina y México —en relación a otras naciones hispanoamericanas— también pueden fundamentar las características históricas de su crecimiento por la convergencia de amplias y ricas extensiones territoriales.

El “Tercer Mundo” en general, ha comprendido la necesidad de formar diversas unidades regionales y subregionales como factor condicionante de sus procesos de desarrollo económico, de afirmación cultural y de modernización tecnológica. Una expresión de lo anterior se produce en función del denominado “Diálogo Norte-Sur” con el propósito de contribuir a la formación del “Nuevo Orden Internacional” y también, por la multiplicidad de la regionalización, como fuerza esencial para los desafíos de los países en vías de desarrollo. Esto ha hecho madurar un “diálogo intrarregional” destinado a ser una de las mejores respuestas a los acelerados y complejos desafíos cosmopolitas del futuro inmediato.

En el mismo contexto, obviamente, debemos destacar la experiencia de la *Unidad de Europa Occidental* y la innegable influencia intelectual que este proceso ha tenido en nuestros países. Sólo recordemos que los países adherentes al Tratado de Roma (1956) han logrado una efectiva unión aduanera, una tarifa externa común, un abierto sistema de circulación de recursos humanos, que han dado pasos efectivos para su unión monetaria, creando paralelamente las estructuras idóneas de participación política. Estoy cierto que las aspiraciones para el logro de nuestra integración hemisférica seguirán estando influidas por la excepcional experiencia de las Comunidades Económicas Europeas en los últimos 25 años. En la hora actual, en que al parecer se aceleran los procesos de reencuentro democrático

en América Latina, es importante considerar que la unidad europea ha planteado como su prerrequisito, la vigencia de sistemas democráticos representativos.

Evidentemente que es necesario que los socios de una empresa fijen las normas con arreglo a las cuales deben conducir sus negocios. No basta que exista la "affectio societatis" si las partes al mismo tiempo no se ponen de acuerdo en sustantivos aspectos que configuran la sociedad, principalmente en cuanto a sus objetivos, estructura interna y normas que rijan sus operaciones. En ese mismo contexto podemos preguntarnos: ¿existiría al presente una Comunidad Económica de Europa si no se hubiera firmado el Tratado de Roma? Sin ánimo de elaborar detalles acerca de lo que pudiera ser una nueva perspectiva institucional y operativa para hacer más dinámico el proceso de integración de América Latina, sugiero los siguientes lineamientos⁷.

—La negociación y puesta en ejecución de un Tratado General que debe contener las bases orgánicas y funcionales para la creación de una "Comunidad de Estados Latinoamericanos", que debería ser un tratado-marco, es decir, tener la amplitud y flexibilidad para dar respuesta no sólo a las aspiraciones comunitarias actuales, sino también a las futuras. El Tratado debería crear una "Organización de Estados Latinoamericanos" distinta del actual sistema interamericano, y a su institución, la OEA. No estamos proponiendo modificar esta última organización, ni menos aún suprimirla. Creemos que ella puede seguir prestando útiles servicios como un foro para la vinculación de América Latina con Estados Unidos, y asimismo con los países del hemisferio que, por circunstancias diversas, no estuvieran en condiciones de participar en este nuevo enfoque.

—Deberían ser miembros "elegibles" para su incorporación en la nueva organización, *todos* los estados independientes del hemisferio que económica y socialmente se puedan definir como países en vías de desarrollo; asimismo, deberían participar de esta Comunidad, España y Portugal. Los países signatarios del Tratado General deberían comprometerse a formar una asociación de estados que procure la cooperación político-económica, técnica y cultural entre ellos. Para estos fines, sería necesario períodos fijos en los cuales se estructurarían las políticas comunes: el paso prioritario de esas políticas debe ser la formación de un mercado común, cuyos términos pragmáticos son ampliamente conocidos por nuestros países, a la luz de experiencias regionales y subregionales en estos últimos veinte años. En la

⁷Expuestos originalmente por el autor en su discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile, en enero de 1973.

marcha hacia ese mercado común deberían, obviamente, reconocerse los esquemas subregionales; en consecuencia, el Tratado General no podrá ser sustituto de otros convenios específicos actualmente vigentes.

—El órgano máximo de la nueva organización sería una Asamblea de Jefes de Gobierno, de acuerdo con las modalidades políticas de cada país. Debería haber consejos de diversa índole que serían integrados por los ministros de las carteras correspondientes de los países signatarios, según la materia de que se trate. La Comunidad Latinoamericana debería contar con un Parlamento, que, en una etapa inicial, podría ser generado en forma indirecta por los actuales congresos; en un período posterior se podría considerar un mecanismo de representación directa sobre la base del sufragio universal de todos nuestros pueblos. Ese Parlamento no se sobrepondría a los actuales sistemas legislativos nacionales, sino que sería específicamente el órgano legislativo y fiscalizador de los intereses comunitarios. Habría también una Corte Suprema Latinoamericana, encargada de dirimir las controversias, públicas o privadas, que surjan con motivo de la aplicación de la nueva institucionalización de la Comunidad.

—Para la coordinación y aplicación de las políticas propias de la nueva organización comunitaria, debería existir un Consejo Permanente donde cada país adherente tenga representación. Ese Consejo podría delegar algunas de sus funciones en comisiones ejecutivas.

—La Organización debería contar con Secretariado de carácter permanente y cuyo estatuto y responsabilidad sería análogo al de un servicio público internacional.

Visualizamos la Organización de Estados Latinoamericanos como un gran núcleo central en torno del cual se organicen diversas autoridades, corporaciones o agentes multinacionales, con grado diverso de autonomía, y que estarían a cargo del cumplimiento de funciones y políticas específicas. Por vía de ejemplo, una Corporación de Fomento Latinoamericana, un Banco Central para América Latina, una Comisión Coordinadora para la Planificación, un ente para el Desarrollo Educacional y Cultural y para la Promoción Científica y Tecnológica, una Agencia de Noticias Latinoamericanas, una Corporación de Defensa de los Productos Básicos y de los Recursos Naturales, etc. Estos mecanismos deben ser paralelos a un sistema jurídico-institucional que haga compatibles las políticas nacionales de diferente índole, laborales, fiscales, administrativas, etc. Algunos de los institutos y organismos mencionados ya existen; otros están en una etapa de formación o bien han sido propuestos como respuestas sectoriales a necesidades colectivas de América Latina.

La apreciación de que la "Vigencia de Bolívar" en esta hora compleja y

contradictoria, progresista y retardatoria, científica y sorpresiva, tanto en los niveles planetarios, regionales, nacionales, y por qué no decirlo, sociales, familiares y humanos, no es meramente una elucubración formal o protocolar con motivo de los doscientos años de su nacimiento. Tal como hace dos años, al celebrarse un análogo aniversario del nacimiento de don Andrés Bello, como un momento en que su presencia histórico-cultural tenía más contenido y fuerza que nunca, así también hoy, la figura de Bolívar, en sus múltiples expresiones histórico-políticas, pareciera ser de una excepcional inspiración para quienes creemos en un destino superior de nuestros pueblos, oportuna y adecuadamente integrados.

Nadie ha definido mejor que *Gabriela Mistral* esa tarea común:

“Nosotros debemos unificar nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se transmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto; y debemos unificar esos países nuestros dentro de un ritmo acordado un poco pitagórico, gracias al cual aquellas veinte esferas se muevan sin choque, con libertad, y, además, con belleza”.

“Nos trabaja una ambición oscura y confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuya utopía queremos volver realidad de cantos cuadrados”.